

CUENTOS SOBRE LOCURA

Roxana Cantarely
Escritora salvadoreña.
(rossanabell@yahoo.es)

◆ YA NO ME ESCRIBO CARTAS.

Tenía diecisiete años y mis días, quiero indicar todos mis días, uno detrás de otro. No voy a decirles mi edad exacta. Nada me agradaba, nada vaciaba la pesadumbre que se acumulaba en mi pecho. Vivía como una actriz impensada dentro del ciclo iconográfico de mi soledad. Mi padre era autoritario y controlador. Leía mis cartas, no nos dejaba salir ni a la tienda, mucho menos hablar por teléfono, así que mi refugio eran los libros y las palabras.

Me perdía en mi mundo, aprendí a vivir en mi burbuja. Incluso a veces no era yo. Sí, a veces no era yo, me convertía en personaje de los libros o de mis ideas. A menudo me perdía del mundo que me rodeaba y llegué hasta escribirme cartas para saberme.

Recuerdo que un día él me rescató, él apareció de la nada y mencionó mi nombre sin miedos. Nos sentábamos en los sillones de la casa de la abuela y hablábamos de música, de cine, de literatura. De la apostura, la templanza, la limpieza de alma, y del valor. ¿Templanza? ¿Valor? Me decía, sarcásticamente, esa voz tercera que me seguía los pasos, pues sabía que no había podido del todo rebelarme ante ese control exagerado. Le hubiera escupido a la cara a ese personaje que aparecía inesperadamente, pero prefería morderme los labios cuando no me miraba e incluso cerrar los párpados y hacer como que meditaba sus palabras. Pero yo no meditaba. Al contrario: se me aparecían, bajo la forma de un carrusel, las imágenes de un diálogo inexistente y me mareaba.

Y luego volvía a recordar la escena viva, estaba allí, era navidad, alrededor de la fogata y bajo el cielo, cantábamos. Tomábamos una copa de vino. Me sentía viva. Dejé de amar al mar y la poesía se me transformó en un verso sinuoso.

Todavía, aunque ya está jubilado, mi padre sigue siendo el mismo. Ya está separado de nosotros, la familia; sin embargo, llega todas las tardes a la casa y bebe café con mi hermano, aquel que se parece mucho a él. Él ha perdido el control y está enloqueciendo, ya nadie responde a sus gestos o a sus palabras, ni el perro le reconoce.

Nuestra ciudad cada día es más pequeña y mi mundo más grande. A veces tengo la impresión de que todos se están marchando o están encerrados en sus cuartos preparando las maletas. Todo está cambiando. Si yo me marchara no llevaría maleta. Ni siquiera unas pocas pertenencias, solo mis libros y mis versos. Pero a veces hundo la cabeza en las manos y escucho a las ratas que corren por las paredes y pienso en mi padre. Tengo miedo. No me gusta aceptarlo, pero tengo miedo. Antes de dormir cerramos bien las ventanas, y las puertas tienen doble llave y trancas especiales para que nadie entre de improviso a dispararnos. La pérdida del control lo está enloqueciendo. A veces se sienta a jugar la ruleta rusa con el arma y nos asusta, pero no tiene valor de disparar. Aunque ha matado ya a tres de nuestros cuatro perros. El perro que queda también le tiene miedo.

Aquella tarde puedo verme con esa ansiedad de terminar con todo. Me miro sola en el piso de mi cuarto, desempolvando los miles de versos escritos. Me miro leyéndolos y doliéndome. Tomando decisiones radicales. Pensando en el suicidio y en la metáfora. Me parece muy buena idea, me decía a mí misma, pero tienes que continuar escribiendo, la ingeniería no es tu mundo, volvía aquella voz invisible a rescatarme. No quemes tus poemas. No llores. Luego esa voz se detuvo en un silencio grave y me preguntó si era yo. ¿Tú eres la que quiere ser escritora? Asentí con una sonrisa y dejé de quemar mis versos. Incluso rescaté algunos de las cenizas.

Pero ¿Por qué asentir con una sonrisa? ¿Por qué pedir perdón con una sonrisa de imbécil? ¿Por qué mirar hacia otro lado sonriendo como un tonto? Por humildad. No!, definitivamente que no, los escritores no somos humildes. Era rabia, una rabia indescifrable que me dolía en las entrañas. Una rabia de no poder huir de tanto número por orgullo, de no poder entregarme completa a la pasión de la palabra. De no poder romper todo el control que me ceñía.

Treinta años ya. Por la tarde vi alejarse la figura erguida de mi padre ...parecía como si caminara con las puntas de los pies, un hombre viejo, pero todavía enérgico y amenazante. Lo vi salir de casa, hubiera querido que fuera para siempre. Lo vi desaparecer sin un solo temblor, sin una sola vacilación, sin mirar ni un solo detalle, era como si hubiese muerto ese día. Hacía frío. Luego torcí el camino y me dirigí, bordeando las murallas de mi antigua fortaleza: los libros, hacia el aire libre: mi imaginación. Vi de forma efímera, pero también de forma natural, serena, las apariencias del pasado. El miedo se había transformado quizá en lástima.

Me asomé a una ventana, vi una sala bien dispuesta, decorada para la llegada de la visita, mi abuela estaba allí esperándome y él también. Cuando llegué a la entrada de la casa me di cuenta, sólo entonces, de que no me había cruzado con ningún paseante durante toda la ascensión del pueblo aquel. Con este frío, me dije, no habrá persona que cambie los calores del hogar por la acritud de las calles. Ya había anochecido y desde el parque se veían las luces. En el cielo brillaban las estrellas. Pensé que parecían palabras. Caligramas suspendidos, es decir elegidos por Dios para permanecer inmóviles en el firmamento, pero caligramas al fin y al cabo. Nos escribimos cartas durante doce años. Estábamos solos.

Me estaba quedando helada. Decidí volver a tomar chocolate caliente o una sopa caliente junto a la cocina artesanal de la abuela. Me sentía cansada y la cabeza me daba

vueltas. Rehice el camino. Lo cierto es que caminaba sin hacer ningún ruido. Durante un segundo creí que era una aparición. No tardé en comprender que el pensamiento se escuchaba más que mis pasos. Cuando me di cuenta me sentí herida por una palabra. Las palabras siempre me resguardan.

El hombre, mi padre, caminaba a buen paso, ni lento ni rápido, a buen paso. Era una pesadilla. El calor allí era considerable. El hombre entró en los lavabos y luego compró un billete de tren. Al salir, sin embargo, me fijé en que iba armado, siempre jugaba con el arma. Salió al andén. Lo vi sentado, con la cabeza gacha, esperando y murmurando. Me quedé de pie, temblando de frío, oculta por uno de los pilares del andén. Cuando el tren llegó, el hombre, mi padre, saltó a uno de los vagones con una agilidad sorprendente. Y desapareció. Los sueños son extraños siempre nos hablan de nosotros y el miedo aparece disfrazado de misterios.

Al salir, ya sola, intenté buscar pero no encontré ni rastro de sus huellas, había desaparecido. Mi madre dice que lo matamos, claro habla en metáfora mientras se fuma casi a escondidas un cigarro. Y soporta el duelo. Mi abuela también ha muerto, durante el mes de marzo, bajo la lluvia y una tristeza enorme, un mes antes de aquel beso, ese beso lujurioso que aún respira en mis versos. Y él se había ido muy lejos donde los recuerdos se incrustan y ya no vuelven. ¡Hoy era libre!

¡Hoy soy libre! Ya no me escribo cartas. Ya no estoy lejos. He encontrado a quien decirle mi nombre, mi nombre completo, a quien contarle de mis casi treinta seudónimos. Hoy miro el mundo fuera de las ventanas y puedo encontrarme con transparencia porque puedes entrar a mi burbuja, entenderme los silencios y darme la tranquilidad que no había experimentado jamás. Las paredes tienen otro color. Hoy puedo hacer maletas a todas partes del mundo sin dolor porque voy entera. Hoy los versos ya no se queman con el fuego. Mi dirección ha cambiado, ha cambiado mi mirada, el perro mueve la cola cuando llego a casa, y escribimos otra historia con otros nombres y otros apellidos.

Me buscabas hace tantos años mientras escribías esa novela con mi nombre. Y lo veías morir a él y vos, entonces, llegabas hasta mí, después de la muerte de la abuela. Y me veías correr sobre el andén y me esperabas hasta después del miedo. Y pintabas las paredes de otro color. Y me cambiabas la mirada y me regalabas un perro que movía la cola cuando yo llegaba a casa. Y me escribías otra historia con otros nombres y otros apellidos.

◆◆EL MANICOMIO

En el manicomio dormíamos mejor, me decía, y eso es mucho decir. Vete de aquí, dijo súbitamente el viejo. Estaba loco. ¿Sabe alguien que estás aquí? Vete antes de que se pongan al corriente. No te descubras con nadie. No despegues la vista del suelo y vete lo antes posible. Pero no me fui de inmediato. Me puse en cuclillas delante del viejo y traté de

pensar en los buenos tiempos. Tenía la mente en blanco. Creí que algo se quemaba dentro de mi cabeza. Pensé en la libertad y no pude definirla.

El viejo, a mi lado, se enredó con una manta y movió las mandíbulas como si masticara, aunque no tenía nada en la boca. Así como hacen los niños, pero ellos, los niños no están locos, gritan después ¡Era una broma! ¡Te engañé! Y siguen jugando sus juegos imaginarios. Recordé los años en el manicomio, las inyecciones, las sesiones de manguera, las cuerdas con que ataban a muchos por la noche. Y las fotos.

Y vi otra vez aquellas fotos tan curiosas que se movían mediante una perspicacia de extraña energía mental. Sólo al cabo de siete años me enteré para qué servían. Los internos las llamaban fotos virtuales. Al principio es difícil. Pero si lo miras bien, puede que la idea te absorba por completo y empieces a vivir en esas imágenes.

Las fotos virtuales servían para eso, para que uno viviera tanto en la imaginación que pudiese proyectar otro mundo. Y su función no era, como pensé cuando las vi por primera vez, escarmentar a los internos, sino evitar que éstos murieran. Llevarlos por mundos diferentes y que se olvidaran de sí mismos. Por supuesto, había internos que hablaban con las fotos. Las trataban de usted. Les contaban cosas íntimas. También había internos que les temían. Algunos decían que tal foto le había insultado ¡Está jodido! Cada loco con su trama daba un contenido distinto a las fotos a las que se exponía.

Se decía que las fotos, conversaban, todas juntas, y que hablaban de los internos, y que a estas reuniones iban todas, las borrosas, las movidas, aquellas oscuras y las que estaban bien encuadradas, y, por supuesto, quienes contaban estas historias eran los internos que por una u otra causa las noches de reunión permanecían oyéndolas desde los rincones. Por lo demás, la vida en el manicomio era muy silenciosa.

En algunas zonas prohibidas se oían gritos. Pero nadie se acercaba a esas zonas ni abría la puerta ni aplicaba el ojo a la cerradura. La casa era silenciosa, el parque, que cuidaban dos jardineros que también estaban locos y que no podían salir, aunque estaban menos locos que los demás, era silencioso, la carretera que se veía a través de los árboles era silenciosa, incluso nuestros pensamientos discurrían en medio de un silencio que asustaba. Porque el silencio es peligroso. El silencio dice las cosas que las palabras no alcanzan a pronunciar.

La vida, según cómo se la mirara, era regalada. A veces nos mirábamos y nos sentíamos privilegiados porque éramos diferentes. Sólo la espera, cuando uno esperaba algo, enturbiaba esa sensación. La mayoría, sin embargo, mataba la espera, la tomaba del cuello hasta sentir que ya no respiraba o le tapaba la boca con la almohada mientras dormía. ¿Lo hice yo?, decíamos. ¿Verdaderamente lo hice yo? Y luego sonreíamos y pasábamos a otro asunto. Y Nos relajábamos viendo fotos.

Los doctores, los señores libres, no se enteraban de nada, y los enfermeros y auxiliares, mientras no les causáramos problemas a ellos, se hacían los de la vista gorda. En más de una ocasión se nos fue la mano con ellos y hasta les tomábamos fotos para retenerlos. ¡El hombre es un animal! Eso pensaba a veces. En el centro de mi cerebro se materializaba eso.

Sobre eso reflexionaba y reflexionaba hasta que la mente se quedaba en blanco. Entonces podía dormirme con tranquilidad.

A veces, al principio, oía como cables entrelazados. Cables de electricidad o lagartijas. E imaginaba los campos magnéticos que ejercían alrededor de mi cabeza. Pero por lo general, más a medida que el tiempo me alejaba de aquellas escenas, la mente se quedaba en blanco: sin ruidos, sin imágenes, sin fotografías, sin palabras, sin rompeolas de palabras.

Soy silencioso como un gato, me lo dijo el viejo, cuando él ya era viejo, pero yo todavía no era viejo. Me gustaba ese juego de repetir y repetir palabras. En ellas el silencio se enreda. No nací aquí. Según el viejo nací en La Majada y mi madre, por necesidad, se vino a vivir a esta ciudad. A mí me da igual una ciudad que otra. ¡No importa!

Aprendí a leer. ¡Suficiente! Más vale no hablar más del tema. No me gusta leer! En los libros también hay silencios que me enloquecen, no puedo entenderlos. ¿casarme?. Conocí a una chica que se llamaba, no me acuerdo, tenía un nombre como todas las mujeres y en algún momento hubiera podido casarme con ella. Luego conocí a otra chica, mayor que yo y, como yo, del mismo estilo apasionado. Con ella también hubiera podido formar una familia, tener un hogar, pero yo estaba destinado a otros fines. Tenía ansiedad de matar. Quería controlar el mundo.

La ciudad, a veces, me ahogaba. Demasiado pequeña. Me sentía como si estuviera encerrado en un crucigrama. Por aquella época empecé, sin más dilaciones, a jugar con mi arma. Llegaba a las diez de la mañana y me instalaba en la sala de la casa, dejaba un solo tiro en el tambor y lo hacía girar. Luego me apuntaba al corazón o a la cabeza y saboreaba el clic. Y seguía vivo. Pero lo que más disfrutaba era que al llamar a uno de mis hijos, estaba listo para hacer clic y verles la cara de susto. Me daban ganas de tirarme una carcajada, pero podían creer que estaba loco, así que me contenía.

Claro eso fue las primeras veces, luego cambié de escenario, tomaba la siesta, les pedía un cafecito, que solía beber a las tres o cuatro de la tarde, acariciaba el arma, a veces hasta la besaba, y cuando entraban a mi recámara el arma estaba lista, era mi cómplice y clic, apuntaba al cielo de la boca. Pero el juego iba perdiendo la gracia cuando la cara de los demás ya no era de susto, sino de indiferencia, entonces les apuntaba a ellos y el juego interactivo era sorprendentemente interesante.

A veces, incluso, cuando me instalaba y me sentía cómodo en mi sillón frente al televisor, sentía ese impulso de coger el arma y jugar mi juego.

Antes de iniciar mi jornada de trabajo, entraba sonriente imaginando que pasaría si la detonación siguiera inmediata al clic y recreaba las imágenes con todas mis fuerzas, que era como reírse en silencio, reír, reír, feliz de la vida, y a más risa más me reía, que era la forma en que mi naturaleza se dejaba penetrar por lo especial, y esa risa no era una falta de respeto ni era la risa de un descreído, sino todo lo contrario, era la risa atronadora de un ser realizado. Lástima que no me tomaron fotos de esos instantes.

Ayer se lo llevaron, dicen que va a estar bien allí, que tienen una terapia interesante y que se olvidan de ellos mismos. En casa se han roto todas las fotos donde él aparece, para que no quede registro de su existencia. Sin que nadie se diera cuenta, en silencio, él se ha llevado el arma.

◆◆◆ PUNTO MUERTO.

Se inclinó ante el fósforo, encendió un cigarrillo y sonrió, a los pocos minutos echó la ceniza en el suelo. Una puñalada de luz entraba por las ventanas que daban a la calle. Estaba sola en casa y podía fumar a su antojo, o mejor si salía al jardín a caminar y a dolerse el tango interno que le estaba consumiendo. Y el olor del humo se retorció por el aire, mientras ella parecía envejecer años en cada exhalación. Podía hacer el golpe, lo había aprendido con sus compañeras de estudio y desde entonces el cigarro le había seguido los pasos en la soledad.

Al otro lado su tos crecía, escupió, el pecho le silbaba, escupió y la sangre oscura marcó de súbito el agua que estaba por tomar. Era la sangre de la rabia, de la impotencia. No se oía ningún ruido ¿Se habría dormido o se habría suicidado? Solía pensar muchas veces en irse del todo. Pero era fuerte y seguía viva, a pesar de aquella bala que él disparó aquella tarde.

El siempre había soñado con ser militar, pero las circunstancias le negaron esa oportunidad, era radicalmente de derecha y sus ideas estaban ya escritas en piedra. A los cincuenta años terminaba la vida útil, el hombre lleva el control de todo, las opiniones de los demás no cuentan si el cabeza de familia tiene la razón y siempre la tiene. Su estilo árabe no era nada más en lo físico, sino también en sus concepciones ideológicas. La vida había que controlarla siempre. La muerte era parte de la vida. Las armas...las armas son un amor.

Allí, donde impactó la bala, en la parte trasera del jardín, ella construyó una tumba, y le puso flores todas las tardes, allí llegaba a fumarse el cigarro y ha tirar las cenizas de cuarenta años perdidos. Era el símbolo de la muerte y de la vida, un montículo a la nada. Un dolor de tierra y de recuerdo. El olor del humo llegaba a todos los rincones de la casa. Todas las tardes el ritual era el mismo, caminaba por el jardín, llevaba los fósforos y los cigarrillos con ella, y mientras cantaba una canción dolorosa y melancólica, llegaba hasta la tumba. Se sentaba sobre una piedra o sobre aquel árbol ya caído; con parsimonia encendía en mutis el cigarro, y la tarde caía sobre la chispa encendida.

Todo ese asunto de las emociones es tan complejo, tal vez solo seguía fumando, respirando lentamente el humo, saboreando ese sabor amargo que va asfixiando poco a poco todo el organismo, para saberse viva. Para disfrutar despacio del paisaje, para sentir la pasión del aire que recorre los pulmones, para que el corazón se acelerara.

Mientras fumaba su mente le llevaba a dolorosos recuerdos. Sé que algún día tendré un descuido, pensaba, tropezaré con un mueble viejo o simplemente me temblará la mano al leer alguna carta y abriré los ojos mirándome aterrada (creyendo acaso que aún sueño,

que ese que está ahí junto a la cama, arrodillado y con el arma en la mano, es un loco, el loco de siempre y entonces quizá grite, y sé que ya no podré detenerme). Monstruoso ritual en el que seguiré fumándome esta pesadilla.

La verdad es que todo fue diabólicamente extraño. Ocurrió mientras vivíamos nuestra historia, una historia de cuarenta años, la historia del hombre que una noche se acerca sigilosamente a la cama de su mujer dormida, con un arma y el dedo en el gatillo. El hombre no mataba a la mujer, pero la mataba. Disparaba cerca de ella, al montículo de tierra al final del jardín. Se arrepiente, y no mata, pero mata la libertad, la confianza, el amor. El horror consistía, justamente, en eso: él guardará para siempre el secreto de aquel juego; ella dormirá casi toda su vida junto al hombre que esa noche estuvo a punto de matarla, y ese secreto insoportable sería el dique roto para la oleada del odio.

La historia, al querer escribirla, así resuelta, me pareció mucho más triste y perversa que todos los dolores ya sufridos. Inútilmente, traté de borrarla de la memoria, siempre estaba allí. Como si alguien me hubiese grabado las palabras, y las acciones. Yo era incapaz de narrar la sigilosa inmovilidad de esos instantes en el jardín o en la recámara. Veía el arma ahora detenida en el aire, los párpados del hombre abiertos en la oscuridad, su locura violenta, paralizado de pronto y transformándose en un odio sutil, triunfal, mucho más atroz por cuanto aplacaba, al mismo tiempo, al amor y a la venganza, y el humo de mi cigarro era el único escondite.

Me sentí incapaz, durante días, de hacer algo. No podía escribirla. Una tarde, mientras hojeaba por distraerme un libro, pensé absurdamente en terminar con todo. Más que pensarlo, casi lo oí, oí el silencio de la casa y me quedé mirando fijamente el humo del cigarro. Una salvaje felicidad me llevó a tomar la decisión. Entonces sentí como si una corriente eléctrica me traspasara el cuerpo, una idea, súbita y determinante me hizo comprender que debía poner alto a la historia. No sé en qué momento salí a la calle y caminé horas y horas pensando; sé que esa misma noche yo estaba en este cuarto mirando fascinada el humo de mi cigarro ondear por el aire.

Después, lentamente, y saboreando aún el humo en mi boca fui y quemé los árboles del jardín, los muebles y todo lo que representaba esa historia que quería olvidar. No era del todo como yo lo había imaginado: el fuego era como la punta del cigarro encendida. El día siguiente fue como cualquier otro. No recuerdo ningún acontecimiento extraño o anormal. La historia del arma se fue diluyendo como por una grieta, a una especie de universo paralelo, por sillares de montar en tres dimensiones e integrales triples, al mundo de las pesadillas. El creador organiza un universo perfecto pensé. Cuando ese universo se arma contra uno, uno puede destruirlo y crear otro. El fuego lo purifica todo.

Todavía soy yo, sin embargo todavía me aferro a estas palabras que no pueden explicar nada, porque quién es capaz de sospechar siquiera lo que fue aquello, aquel arrastrarse segundo a segundo en la oscuridad de una historia en la que no se es protagonista, casi sin avanzar, oyendo el propio pulso como un tambor sordo en el silencio de la casa y del miedo. Oyendo una respiración sosegada que de pronto se altera por cualquier motivo, oyendo el crujir de las puertas y de las ventanas como el estallido de un disparo. Siento

entonces todo el ciego espanto, todo el callado pavor que es capaz de soportar alguien sin perder la razón, sin echarse a dar gritos en la oscuridad. Acabo de escribirlo: todo el miedo de que es capaz un ser humano a oscuras, en silencio. Creí o simulé creer que después de aquel juego disparatado podría terminar mi historia, pero no, no sé cuando pueda terminar de escribirla.

Esa mañana tuve la dulce y paradójica esperanza de que todo había sido una pesadilla. Durante el día no sucedió nada; sin embargo, a medida que pasaban las horas, me fue ganando un temor creciente, vago al principio pero más poderoso a medida que caía la tarde: el miedo a repetir esta historia. Hace muchos años de esto, he olvidado cuántos. No me resistí: descolgué casi con alegría el calendario. Ya nada quedaba del ayer. Nada quedaba del ayer. Nada del ayer. Del ayer.

Y sin embargo sé, pensaba, que algún día cometeré un descuido, tropezaré con un mueble viejo o simplemente me temblará la mano al leer alguna carta. Cada noche es mayor el tiempo que me quedo allí fumándome un par de cigarros. Algún día abriré los ojos y ya no recordaré nada de esta historia, será un punto muerto en la vida.

Entonces, bajo la chispa del fósforo que encendía el último cigarro de la cajetilla, en esa mínima distancia parecida a la del beso, se iluminó la oscuridad y decidió dejar de fumar. Necesitaba tranquilidad. Tuvo que matarlo. Apagó el cigarro y mirándolo despacio lo hizo pedazos. Había que tomar una decisión radical. Decidió que él estaba muerto. Eso era lo que ella se decía para no abrir otra cajetilla. ¡ Él estaba muerto y no le importaba un comino! Lo enterró, se vistió de negro. Y todas sus apariciones eran, desde entonces, fantasmales. Él ya no podía ejercer presión alguna sobre ella. Ya no podía vociferarle, apabullarla y dispararle, ya no podía llenar el espacio de violencia.

Un año después le llamó el abogado para decirle que el caso había terminado. Y ella firmó los papeles necesarios. La vida es un juego. De repente, en un instante, todo cambia. Uno se acuesta pensando que al día de mañana todo será diferente y siempre quedan los laberintos interconexos de la vida, los laberintos cíclicos.

«Las situaciones hay que afrontarlas, sino toda acción se vuelve un error táctico», se dijo, y tuvo el impulso de fumarse un cigarro. De descifrar por última vez el humo. El humo que lo sabía todo.